

AL RESCATE DEL “HOMO ETHICUS”

Susana Merino

Dice Edgar Morin que en este siglo XXI deberemos abandonar la *“visión unilateral que define al ser humano por la racionalidad (homo sapiens), la técnica (homo faber) las actividades utilitarias (homo economicus), las necesidades obligatorias (homo prosaicus) ya que su complejidad incluye siempre caracteres antagónicos: sapiens y demens (racional y delirante), faber y ludens (trabajador y lúdico), empiricus e imaginarius (empírico e imaginador), economicus y consumans (económico y dilapidador), prosaicus y poeticus (prosaico y poético)”* creo sin embargo que olvida un aspecto que debiera ser la amalgama de todos los demás el “homo ethicus” cuya presencia, contrapuesta a la del “homo demoniacus” impregna de verdadero sentido a las actividades humanas,

El ser humano se distancia de los homínidos cuando desarrolla una capacidad diferente frente a los demás seres vivos, cuando comienza a hacer uso de la inteligencia *“la mayor arma de la que se puede disponer”* porque *“no hay obstáculos para la libertad inteligente del ser humano, todo lo que piense puede ser: desde las vacunas para evitar enfermedades hasta los campos de exterminio para erradicar a los hombres de la faz de la tierra”* y solo la ética puede poner límites a esa libertad, orientar nuestras acciones y ayudarnos a elegir determinados caminos, *“la inteligencia nos hizo hombres pero es la ética la que nos humaniza”* y es la única que puede conducirnos a construir un mundo justo, libre y habitable.

A lo largo de la historia y desde diferentes rumbos del planeta seres humanos iluminados y luminosos han ido señalándonos el camino hacia ese mundo ideal y sin embargo nuestra pertinaz ceguera nos sigue apartando de él y precipitándonos reiteradamente en los pestilentes pantanos de la miseria, las guerras, la ignorancia ...

Desde Moisés hasta Mahoma, compilador de gran parte de las tradiciones judeo cristianas del cercano oriente, encontramos enseñanzas inequívocas destinadas a conducirnos por los andariveles del amor, la tolerancia, el respeto, la solidaridad, la compasión y sin embargo siguen siendo escasos y dispersos los frutos de esa siembra. También en el lejano oriente figuras señeras como Siddhartha Gautama, llamado Buda, LaoTse, Confucio proclamaban, ya seis siglos antes de Cristo, que para que el mundo pudiera superar el sufrimiento era necesario adoptar conductas y acciones correctas, rechazar la ambición de poder y de riquezas, evitar toda clase de violencias desterrando las acciones absolutistas y dogmáticas que han desequilibrado a la humanidad y favorecido el desarrollo de una clase dominante por sobre el padecimiento de otras clases condenadas a ser inferiores. Enseñanzas todas que bien pueden resumirse en el mandato bíblico en que fundamentara su prédica Jesús *“Ama a tu prójimo como a ti mismo”* y que tan sabiamente sintetizara San Agustín *“Ama y haz lo que quieras”*

Es decir que no nos faltan guías, faros como diría Baudelaire, para alumbrarnos el camino pero seguimos sin embargo persistiendo en una ceguera irracional que solo puede conducirnos a un destino manifiestamente desolador. O como dice Leonardo Boff *“Prevalece ampliamente hoy en día una erosión de los valores éticos que normalmente eran vividos y transmitidos por la familia y después por la escuela y la sociedad. Esa erosión ha hecho que las estrellas-guía del cielo quedasen encubiertas por las nubes de intereses dañinos para la sociedad y para el futuro de la vida y el equilibrio de la Tierra”*.

Un breve recorrido por la historia pone de relieve que como dice Morin, la civilización y la barbarie van asociadas, pero lo que a mi juicio lleva el rumbo equivocado es que lo que consideramos avances civilizatorios son propulsados por dos grandes motores: la ciencia y su derivada la

tecnología y la economía exclusivamente orientada hacia el lucro pero tanto en una como en otra el enfoque ético tiende, cada vez más a desaparecer y con él el objetivo último y deseable que debiera ser el “buen vivir” de los seres humanos, de todos los seres humanos.

La alianza entre esta clase de economía y la aceleración de los avances tecnológicos ha derivado en lo que Vivianne Forrester califica como el *“fenómeno más vital (o mortal) de lo que se cree, la desaparición del trabajo”* La virtual o real autonomía de la economía privada, no solo ha desplazado en la toma de decisiones al poder político sino que ha ido reemplazándolo gradualmente por otros poderes globales que responden exclusivamente a sus intereses: FMI, BM, OCDE, OMC y a través de los cuales imponen normas de libre comercio, “competitividad”, deslocalización, ajustes presupuestarios, etc. que distancian cada vez más a la población de sus posibilidades de subsistencia y generan *“desplazamientos devastadores que dejan sin trabajo a localidades enteras, arruinan regiones y empobrecen a la nación”*

Es decir que la extraordinaria creatividad de científicos y técnicos, desarrollada por el Homo sapiens y el Homo faber, al ser apropiada por el Homo economicus está privando al resto de la sociedad de los beneficios que los nuevos descubrimientos y sus aplicaciones podrían proporcionarle. Pero no solo se trata de la enajenación de los resultados sino que también pesa sobre ellos el restringido sector de las decisiones. Nadie consulta a los pueblos sobre cuáles son sus intereses, sus prioridades, sus objetivos, llegado el momento de impulsar la investigación y el desarrollo de uno u otro sector de las áreas científicas o tecnológicas. Es muy probable que pocos o muy pocos optarían por la estimulación del desarrollo de armas biológicas o de las actualmente llamadas armas de destrucción masiva o de algo similar.

No estamos desarrollando evidentemente como plantea Mounier una civilización dedicada a la persona en la que se afirme la primacía de los valores espirituales, los que en definitiva constituyen un nutriente imprescindible para todas las acciones humanas si queremos evitar la injusticia, la discriminación, el odio y generar perspectivas de esperanzada permanencia sobre la faz de este planeta

Hemos abandonado al Homo ethicus y es necesario recuperarlo, de otro modo nuestra civilización estará condenada como ya parece estarlo al más estruendoso fracaso. No se trata tal vez de eliminar totalmente al Homo demoniacus para transformarnos en una sociedad angélica ya que la antinomia bondad-maldad parece ser consustancial con el ser humano y *“la preocupación por la pureza está apresada, quiérase o no – dice Mounier – en un contexto bastante estrechamente individualista”* sino de esforzarnos en ocupar la mayor parte posible del territorio espiritual del hombre y poder así perseverar en la búsqueda de un porvenir más digno tanto para esta como para las generaciones futuras.

Para que esto sea posible necesitamos alojar en el imaginario colectivo dos nociones básicas la de “persona” y la de “amor”. Solo a partir de esas dos nociones podremos emprender una lucha frontal contra el individualismo e instalar una relación coloquial y una mayor comunicación con los demás. Pero ¿cómo podremos lograrlo? Esa suele ser la mayor incógnita en cualquier propuesta, sin embargo es precisamente en el personalismo comunitario donde podemos encontrar la base dialógica que nos permita despertar en el “otro” el sentido de responsabilidad que nos ayude a avanzar pero sin avasallar, porque como también dice Mounier una persona se suscita por un llamado y no por la domesticación.

Somos herederos del gran modelo humanista del renacimiento y la ilustración, un modelo que prometía grandes cambios, los que sin duda se han producido pero dejando de lado a gran parte

de la humanidad, aunque como dice Hobsbaum hasta mitad del siglo XX existían normas, tejidos y valores tradicionales que cuando comenzaron a disolverse hicieron que muchos habitantes del mundo desarrollado se sintieran huérfanos y desposeídos. Nuestro tiempo nos exige imperiosamente revertir esta tendencia, convocar a un acto revolucionario pero que como también decía Charles Péguy: *“la revolución social será moral o no será”*

No se trata de “crisis cíclicas” como nos informan los gurúes de la economía sino de un estado de “crisis permanente” que solo afecta superficialmente a la clase dirigente y a los dueños de la riqueza pero que mantiene a la sociedad anestesiada, sometida por el pánico de perder el empleo, los servicios, la vivienda, sin la menor alternativa de encontrar una salida a partir de pautas democráticas que han dejado de funcionar por el ya inocultable sometimiento de los políticos al poder del dinero

Es probable que en estas condiciones solo una “revolución” profunda podría cambiar las condiciones de vida de los sectores más postergados de la humanidad, pero a condición reitero con Péguy de que sea moral, es decir que arraigue en el corazón del hombre y desarrolle su potencialidad a partir de un amor compartido y duradero, suscitando, como dice Maritain *“cambios más profundos que los de ordinario sugiere la palabra revolución”*

Un amor que debe impregnar asimismo la humana inclinación a detentar el poder de quienes pudieran erigirse en líderes de esa revolución poniéndolo al servicio de los propósitos comunitarios y en armonía con los deseos de las personas a quienes afectare su ejercicio. Bertrand Russell ejemplifica esta idea a partir de la tercera tentación de Cristo: *“se le ofrecen todos los reinos de la tierra si se prosterna en tierra y adora a Satanás; es decir se le ofrece el poder para alcanzar ciertos objetivos, pero no los que Él tiene en vista”* y agrega *“esa es una tentación a la que están expuestos todos los hombres modernos”* Y concluye *“no es el poder que esclaviza a los demás hombres sino el que los hace libres (...) no es por la violencia como se domina a los hombres sino mediante la sabiduría de quienes apelan a los deseos comunes de la humanidad, de felicidad, de paz interna y externa y de comprensión del mundo en el cual, sin haberlo elegido, tenemos que vivir”*.

Necesitamos por lo tanto encontrar instrumentos adecuados para promover esa revolución. Nadie dudará de que uno de sus pilares sea la educación pero es aquí donde me parece oportuno formular algunas preguntas.

Así como la ciencia, necesita de la tecnología para instalarse en la sociedad y ponerse a su servicio ¿no sería deseable que los filósofos hubieran desarrollado su propia tecnología para infiltrarse más profundamente en ella y poder contribuir al crecimiento espiritual del resto de la humanidad?

Me asiste la sensación de que el campo de la filosofía constituye, no sé si desde siempre, una especie de círculo cerrado solo para iniciados, con sus propios códigos, publicaciones, ámbitos y escenarios ¿porqué no hacer que la aventura del pensamiento se estimule en todos los niveles de la enseñanza, primaria, secundaria, universitaria y no hablo del conocimiento sino de la capacidad de discernir, de disentir, de dudar, de imaginar...?

¿Porqué la filosofía no trata de encontrar los medios para incorporarse a la vida cotidiana, no sobre la base de tratados complejos y tediosos, sino recurriendo a metodologías que hagan más accesible la comprensión del pensamiento filosófico? ¿Porqué no tratar de divulgar el Personalismo, por ejemplo, popularizando sus conceptos fundamentales e incorporándolos, de algún modo, a nuestra realidad cotidiana?

Es cierto que también las Ciencias se mantienen bastante alejadas del conocimiento genérico de la población y que los científicos se reconocen en revistas y publicaciones de difícil acceso público, pero al menos la ciencia puede llegar y de hecho está llegando hasta las capas menos informadas a través de la difusión de sus aplicaciones. Algo similar habría que imaginar para la filosofía, para sacarla de sus clásicos guetos y convertirla en una herramienta capaz de despertar en la población la capacidad de cuestionar, de polemizar, de controvertir ideas que nos vienen siendo tradicionalmente transmitidas y sobre las que pocas veces nos animamos a dudar.

El Homo economicus ha instalado indicadores para medir la riqueza de las naciones el PNB o Producto Nacional Bruto, pero solo en Bután, un pequeño reino asiático ese indicador ha sido cambiado por el de FNB o Felicidad Nacional Bruta, basado en cuatro principios budistas: buen gobierno, felicidad del pueblo, igualdad de género y protección de la naturaleza. ¿Llegará el día en que nuestras sociedades occidentales y cristianas se convenzan de que el promedio de riqueza de un país no es sinónimo del bienestar de su gente y de que solo los valores espirituales pueden garantizarnos la convivencia en paz y la felicidad sobre la tierra?

Pocas veces manifestamos, abiertamente nuestro inconformismo con este modelo individualista que nos está conduciendo a la degradación del hombre y a la deificación de la máquina y del dinero, confundiendo el ser con el tener y sometiéndonos a un liberalismo anticristiano y por lo tanto deliberadamente antihumano. Es probable que el actual agravamiento de las condiciones de vida de las sociedades burguesas del llamado primer mundo, comience a generar insurrecciones populares como las que ya se están produciendo en Europa y en los EE.UU. ¿Pero tendrán, quienes participan de esas rebeliones, conciencia clara de cuáles son las ideas, los pensamientos, las propuestas reivindicatorias de los grandes pensadores contemporáneos de quienes como Mounier, Maritain, Marcel y tantos otros han dedicado su vida a reflexionar sobre el acontecer de nuestro tiempo y a tratar de encontrar y de señalar nuevos caminos de convivencia y de superación del ser humano?.

¿Quiénes serán los responsables de no haber esclarecido a las comunidades y haber dejado en cambio el paso expedito a la improvisación, al juego de la prueba y el error, por no haber sido capaces de contrarrestar las influencias negativas del mercantilismo y del servilismo mercenario a que hemos sido, lenta pero inexorablemente conducidos? O lo que es peor aún ¿de haber expuesto ese sano y espontáneo aliento revolucionario al manejo capcioso de algún o de algunos recién llegados y aventureros gatopardistas que prometerán seguramente el cambio para que todo siga igual?

Dice también Maritain: *para que a la civilización capitalista en decadencia suceda un mundo nuevo superior al comunismo se requiere nada menos que el principio personalista y comunitario integral en su más amplia significación nada menos que las energías de resurrección espiritual y social de que el hombre es capaz, no por la gracia de Dios, sino por un amor que vivifica su libertad de persona y que sitúa el centro de su vida infinitamente por encima del estado* pero esto requiere **“un vasto y multiforme trabajo de preparación en el orden del pensamiento y en el de la acción, de la propaganda y de la organización”** De modo que pregunto yo ¿quién está realizando ese trabajo? ¿A quién o en quienes estamos delegando esa tarea? ¿No será hora de que los filósofos se involucren también en este empeño, de que salgan de sus “claustros conclusos” y que vistiendo ropa de fajina asuman la cuota de responsabilidad que les compete? Los filósofos tienen la palabra.

